

CAPITULO SESTO.

LA REINA ESTER.

ESTER.

Despues que el Príncipe Zorobabel volvió á Judea con una parte del pueblo cautivo para reedificar á Jerusalem y el Templo, la otra parte del pueblo que habia quedado en las provincias de Babilonia, estuvo á punto de perecer en el tercer año del reinado de Artajerjes. Este Rey persa, conocido mas bien por el nombre de Asuero, dió una magnífica fiesta al estilo oriental con repetidos banquetes por muchos dias, á la que asistiéron todos los Sátrapas y principales empleados en su vasto imperio. Un dia de estos en que la alegría reinó en la mesá con mas particularidad, y en el que los cortesanos fuéron mas felices en adular á su Rey, Asuero tuvo el capricho de mostrar á los Príncipes convidados á su mesa la Reina Vasti su muger, con la corona sobre su cabeza y adornada con todo el esplendor oriental. Siete eunucos fuéron despachados para comunicar á la Reina la voluntad de Asuero, y para que la viniesen acompañando al salon del convite. Vasti consideró esta órden como impropia de la etiqueta asiática, efecto de una alegría desordenada mas bien que del deseo de honrar á su persona; y no queriendo presentarse en aquella hora del convite, rehusó perentoriamente obedecer aquella

imprudente órden de su marido. Asuero habia ofrecido á sus ilustres huéspedes obsequiarlos con el favor singular de mostrarles la Reina, por lo que quedó sumamente irritado con este desaire; y en aquel instante de acaloramiento preguntó á sus consejeros á qué pena estaba sujeta la Reina por esta desobediencia: hora impropia y sitio poco adaptable, para juzgar un caso de tanta delicadeza. El Presidente de los ministros respondió: « La Reina ha ofendido no solo al Rey, mas tambien á todos vuestros siervos: y si esta desobediencia queda impune, cuando llegue á noticia de todas las mugeres, estas no harán caso de los mandamientos de sus maridos. La indignacion de Vuestra Magestad es justa, y así conviene, si el Rey lo tiene á bien, declarar por un edicto irrevocable, que la Reina Vasti ha perdido su dignidad, que no vuelva á entrar en la presencia del Rey, y que su corona pase á otra que sea mejor que ella. Asuero aprobó el parecer, y espidió el decreto de degradacion.

Pasados algunos dias el Rey se entristeció mucho, y sus ministros le propusieron enviara personas por todas las provincias del imperio para buscar las vírgenes mas hermosas, que las trajesen á Susan donde estaba entónces la corte, y aquella que agradase mas al Rey reinara en lugar de Vasti. Todo esto se hizo por órden de Asuero, y entre las doncellas escogidas habia una llamada Ester, la cual agradó tanto al Rey, que la eligió por esposa, le puso la corona sobre la cabeza, y fué declarada Reina. Ester era sobrina de un Judío llamado Mardoqueo, el que la habia adopta

do por hija, y la habia educado él mismo; pero no queriendo darse á conocer, habia mandado á Ester no descubriese su religion ni su origen. El afecto paternal llevaba á Mardoqueo algunas veces á la puerta del palacio, y esta frecuencia le estrechó en amistad con los dos porteros de la casa real, Bagata y Tara, los cuales eran participantes en una conspiracion formada contra el Rey, y se habian ofrecido á estender sus manos contra su Soberano. Mardoqueo descubrió sus intentos, y dió parte de todo á Ester para que lo comunicara al Rey: la averigacion fué hecha, probó el delito, y los dos traidores murieron en un patíbulo.

Asuero tenia un ministro favorito llamado Aman, á quien el Rey habia ensalzado sobre todos los Príncipes de su corte, hasta mandar que todos los vasallos en su imperio le doblasen la rodilla y le adoraran. Mardoqueo que frecuentaba la entrada del palacio, solia encontrarse con el orgulloso ministro, y no le doblaba la rodilla; lo que irritaba tanto á Aman, que resolvió vengarse, no solo de Mardoqueo, mas hacer perecer á toda la nacion de los Judíos que habian quedado en Asiria. El vengativo ministro buscó ocasion de persuadir al Rey, que los Judíos eran una gente insolente, unidos entre sí, y separados de los vasallos de su imperio; que por sus leyes y ceremonias privadas eran enemigos al estado, y menospreciaban á todos los que no eran de su creencia; y que siendo peligrosa la existencia de este pueblo en sus dominios, la seguridad de la nacion requeria su estermi-

nio: por lo que si el Rey lo aprobaba, se dignase dar un decreto para su total destruccion. El incauto Rey, creyendo que todo lo que esponia el sagaz Ministro era efecto de un puro zelo por el bien y seguridad del estado, sacó de su dedo el anillo, y dándosele le dijo: « Haz de ese pueblo como gustes. » Aman entónces estendió un edicto en nombre del Rey, y sellándole con el anillo real, le dirigió á todos los Sátrapas y Gobernadores, para que en el dia catorce del duodécimo mes, todos los Judíos sin distincion de edad ni sexo fuesen pasados á cuchillo. La noticia de este decreto consternó á los Judíos; Mardoqueo rasgó sus vestiduras, y fué hasta las puertas del palacio llorando, y manifestando la amargura de su corazon. Informada Ester del llanto de Mardoqueo, envió á su mayordomo á inquirir la causa de aquel pesar. Mardoqueo le contó todo, dándole al mismo tiempo una copia del decreto estermindador, para que viéndola Ester, presentase al pie del trono su intercesion para la salvacion del pueblo del Señor. La virtuosa Ester se halló en la mas amarga indecision: si no acudia presto á suplicar al Rey, todo su pueblo, y quizás ella tambien pereceria; y si se acercaba al trono sin ser llamada, incurriria en la pena de muerte decretada contra todo hombre ó muger que así hiciera. Movida al fin por las razones de Mardoqueo se resolvió, con tal que los Hebreos que habia en Susan ayunasen tres dias y tres noches, para implorar al Señor le diese acierto en su súplica; y que ella y sus criadas harian lo mismo.

Al tercer dia se vistió Ester con las vestiduras reales, tomó dos criadas para que la acompañasen, y apoyando el brazo sobre una de ellas, andaba con dificultad, por la opresion de dolor y confusion de su mente. Animada con la esperanza que ponía en el Señor mas que en los atractivos de su hermosura, atravesó varias antecámaras hasta llegar al salon donde el Rey daba su audiencia, y se paró enfrente del trono. Asuero estaba sentado sobre el solio de su imperio con su manto Real y cetro de oro cuando vió á la Reina: sorprendido de tan inesperada apariencia, contra los reglamentos de palacio, y atribuyéndola á curiosidad indecorosa, miró á Ester con un aspecto tan terrible que cayó desmayada. El desfallecimiento de la Reina mudó el espíritu de Asuero; lleno ahora de sobresalto bajó apresurado del trono para socorrerla; y sosteniéndola en sus brazos, la acariciaba diciéndole: ¿Qué tienes, Ester? yo soy tu hermano, no temas; no morirás, esta ley no ha sido establecida para ti, sino para todos los demas; toca el cetro de clemencia. Ester no respondia, y poniéndole el cetro sobre el cuello, la besaba y procuraba volverla en sí. Ester cobró fuerzas con las muestras de bondad que el Rey le daba, y le dijo: Te he visto, Señor, como un Angel de Dios, y mi corazon se ha turbado con el temor de tu magestad: porque tú, Señor eres en extremo admirable, y tu rostro está lleno de gracias. Mientras pronunciaba estas palabras, se desmayó de nuevo y quedó sin sentido. El Rey en la mayor turbacion le dijo afectuosamente: Te concederé todo lo

que pidas, y tendrás aunque sea la mitad de mi reino, si lo deseas. Si he hallado gracia delante del Rey, respondió Ester, y si le place concederme lo que pido y cumplir mi peticion, venga el Rey y Aman al convite que le tengo dispuesto. Asuero quedó sorprendido con la simple peticion de la Reina, consintió, y mandó llamar á Aman.

El Rey y el ministro asistieron al banquete que Ester les habia preparado, y concluida la comida, preguntó Asuero á la Reina cual era su peticion, prometiendo concederle todo lo que pidiese. Ester respondió: Si el Rey me favorece con volver mañana y traer á Aman, entónces le manifestaré mi voluntad. Asuero lo prometió, y Aman se retiró á su casa muy engreido con la consideracion de los honores que le dispensaban sus Soberanos: pero todo su contento mudó en furor, cuando al salir del palacio vió á Mardoqueo sentado á la puerta del atrio, sin levantarse de su asiento ni mostrarle el menor respeto. El orgulloso ministro no podia sobrellevar este desaire del Judío; y desahogando su resentimiento, se quejaba amargamente de no poder vengar este desacato hecho á su persona. Por mas feliz que soy, decia á su muger y á sus amigos, en hijos, en riquezas, con el favor del Rey, y la alta distincion de asistir á los convites de la Reina, me considero desgraciado, mientras este Judío Mardoqueo sigue sentándose á la puerta del palacio para mostrarme desprecio. Su muger y amigos le animaban á la venganza, aconsejándole levantar una horea para Mardoqueo, y solicitar la orden del

Rey para suspenderle en ella la mañana siguiente. Ciego Aman en su furor lo aprobó; la horca quedó plantada, y el ministro reposado con la resolución de vengarse.

Ocupado en cuidados el espíritu de Asuero, no podía dormir, mandó traer los anales de su reinado y que le leyesen: cuando el secretario leyó el pasaje en que se referia la traicion de los eunucos, que Mardoqueo habia descubierto y dado parte en tiempo, preguntó el Rey, ¿qué premio se le ha dado por un servicio tan importante? Ninguno, Señor, le respondieron. ¡Cómo es posible, exclamó Asuero, que á un hombre que me salvó la vida no se haya premiado! y quedó muy disgustado con esto. Aman vino temprano al palacio á pedir la orden necesaria para la muerte de Mardoqueo: y sabiendo el Rey que su ministro estaba en la antecámara mandó que entrase, é inmediatamente le preguntó: ¿Qué debe hacerse con aquel hombre á quien el Rey desea honrar? El presuntuoso ministro, creyendo que él era el sujeto á quien el Rey intentara honrar, respondió: El hombre á quien el Rey desea honrar debe ser vestido del manto real con la corona sobre su cabeza, y montado sobre uno de los caballos que monta el Rey, será guiado por el primero de los Principes del reino, el que caminando por la plaza de la ciudad diga en alta voz: Así será honrado todo aquel á quien el Rey quisiere honrar. Date prisa, mandó el Rey á su ministro, toma el manto real y el caballo, y haz todo lo que has dicho con el Judío Mardoqueo, que se suele

sentar á las puertas del palacio. Guárdate de omitir cosa alguna de las que has dicho. Aman tomó el manto real y el caballo, vistió y coronó á Mardoqueo, y paseándole por la plaza, gritaba: De esta honra es digno aquel á quien el Rey quiere honrar.

Concluida la procesion con el mayor disgusto de Aman, corrió á su casa lleno de confusion y llorando de rabia. Pregonar por mandado del Rey los mayores honores del imperio conferidos á un enemigo, cuya sentencia de muerte iba á solicitar en aquella misma hora; poner con su propia mano la corona y manto real sobre aquella misma persona, para la que acababa de plantar una horca, era una mortificacion igual á la muerte, no solo para Aman, mas para cualquiera otro ménos ambicioso y vengativo que él. Aman descubriendo su dolor á su muger y á sus amigos buscaba consuelo en sus razonamientos, y su muger y sus amigos considerando bien el caso le pronosticaban peores consecuencias todavía. Un mayordomo del Rey llegó á este tiempo para dar prisa al ministro, siendo ya la hora del convite, y al instante fué con él al palacio. Alegre el Rey con el vino, movido quizas mas de su amor por la hermosa Ester, dijo: Esposa, ¿qué peticion es la tuya? te concederé cuanto quieras, aunque pidas la mitad de mi reino. La bella Ester, reuniendo ahora todas las gracias en sus ojos, miró tiernamente á Asuero para ganar su corazon, y le dijo: Si he hallado gracia en tus ojos, o Rey, dignate concederme la vida por la que te ruego, y salva á mi pueblo por quien intercedó tu cle-

mencia. Ya estás informado, Señor, que yo soy Hebrea, y ahora debo comunicarte que yo y todo mi pueblo estamos sentenciados á morir y ser esterminados. Si solo nos vendiesen por esclavos y esclavas, sería un mal tolerable, y gimiendo callaria: mas ahora hay un enemigo nuestro, cuya crueldad amancillarà la gloria del Rey mi Señor. Atónito Asuero preguntó: ¿Quién es ese, y cuál es su poder, que tenga osadía de hacer esto? Ester respondió vivamente: Nuestro pésimo contrario y enemigo es este Aman; este mismo es el hombre que abusando de la extrema bondad de su Rey, ha estendido, ha sellado y dirigido un decreto en vuestro real nombre, para pasar á cuchillo, en todos vuestros dominios y en un mismo dia, á todo el pueblo de Israel, sin otra culpa que la de ser fieles á su Dios. Un designio tan horrible estremeció al Rey, y levantándose se retiró al jardín, para considerar la resolución que habia de tomar sobre un negocio tan arduo. Aturdido Aman con la acusacion de la Reina y el furor del Rey, se postró á los pies de Ester, que estaba reclinada en su sofá, implorando su proteccion. El crimen de Aman era muy enorme para que la Reina intercediese por él; y el peligro en que Aman hallaba su vida le impelia á solicitar con mas instancia la compasion de Ester. En la confusion que le agitaba, se acercó á la Reina mas de lo que permitia el respeto, lo cual visto por Asuero que entró en aquel momento, se arrebató en cólera, y gritó: muera ese traidor. Arbana, uno de los mayordomos de palacio, dijo al Rey: Señor, este hombre tiene le-

vantada en su casa una horca para vuestro fiel siervo Mardoqueo. Colgadle en ella dijo el Rey; y la orden fué inmediatamente ejecutada. El criminal sufrió el mismo castigo que habia preparado al inocente; la justicia divina quedó satisfecha, Ester y su pueblo quedáron vengados, y la ira del Rey fué aplacada.

Ester declaró ahora al Rey que Mardoqueo era su tio, y que la habia criado é instruido como á hija: Asuero se alegró mucho saber quien era Mardoqueo, le entregó el anillo real que habia mandado quitar á Aman, y le dió el gobierno del palacio. De este modo se removió el mal que amenazaba á los Judíos que residian en la corte; pero quedaba todavía la terrible consecuencia del fatal decreto, que Aman habia mandado á todas las provincias del imperio: la piadosa Ester suplicó otra vez al Rey enviase nuevas órdenes á los Sátrapas y Gobernadores, revocando las instrucciones esterminadoras del pérfido Aman. Asuero respondió á la Reina y á Mardoqueo: He castigado al traidor que se atrevió á estender su mano contra los Judíos, escribid como mejor os pareciere en nombre del Rey, y sellad las cartas con mi anillo. Mardoqueo escribió una carta admirable á los Gobernadores, manifestándoles el abuso que habia hecho Aman de la confianza del Rey, la soberbia de los favoritos de los Monarcas, sus ingratitudes, sus engaños y artificios: previniéndolos no juzgaran aquella contraorden efecto de ligereza de ánimo, sino como una providencia

conforme á la condicion y necesidad de los tiempos, como lo pide el bien de la República.

En todas las provincias, ciudades y pueblos á donde llegaba esta órden del Rey, habia maravillosa alegría, banquetes y convites: en tanto grado, que muchos de otras naciones y sectas abrazaban la religion y ceremonias de los Judíos; y por muchos años se celebró aquel dia, como aniversario de la salvacion del pueblo judío por la providencia del Señor, y la virtud de Ester y Mardoqueo.

LIBRO VI.

SESTA EDAD DEL MUNDO.

Comprende 532 años.

CAPITULO PRIMERO.

REEDIFICACION DEL TEMPLO Y GOBIERNO DE JUDEA
DESPUES DE LA CAUTIVIDAD.

ESDRAS.

Los Judíos continuáron en su desolacion hasta completarse los setenta años de cautividad á que el Señor los habia condenado por sus repetidas prevenciones. Durante aquel tiempo, el imperio de Babi-

lonia fué trastornado por Dario Rey de Persia, á quien sucedió en el trono el grande y glorioso Monarca Ciro. Doscientos años ántes habia predicho el Profeta Isaias, que naceria un hombre llamado Ciro, que seria un grande Rey, y que cumpliria toda la voluntad del Señor, haciendo reedificar á Jerusalem, y al templo. El Dios de Israel, zeloso de su palabra y promesa, despertó el espíritu de Ciro, y por su mandado publicó un solemne edicto en todo su imperio, distribuyendo copias por escrito para su mayor noticia y mas acertado efecto. «Esto dice Ciro Rey de los Persas: Todos los reinos de la tierra me los ha dado el Señor Dios del cielo, y él mismo me ha mandado que le edifique casa en Jerusalem, que está en Judea. Todos los varones que han quedado pertenecientes al pueblo del Señor Dios de Israel subirán á Jerusalem para edificar la casa de su Dios. Y es mi real voluntad que se les ayude con plata, oro, hacienda y bestias desde el lugar en que more cada uno, hasta el lugar de su destino.» El generoso Ciro no solo proporcionó los gastos para el restablecimiento de Israel como pueblo, mas por otro edicto comunicado á los tesoreros del erario público, mandaba pagar los gastos de la fábrica del templo. Así mismo mandó á su tesorero, entregar al Príncipe de Judá los cinco mil y cuatrocientos vasos de oro y plata que Nabucodonozor habia sacado del templo antiguo, para que volvieran á emplearse en el servicio y culto del Dios de Israel.

En virtud de este edicto, mas de cuarenta y dos